("El Liberal", Madrid, 3 julio 1920)

6-263

CASA MUSEO UNAMUNO

DE ACTUALIDAD

Sobre el profeta Lenin

Hemos leído el libro que Ludovic Nadeau ha dedicado a narrar sus impresiones durante los meses en que esuvo en Rusia preso de los bolcheviques gubernamentales, y se titula: "En prison sous la terreur russe". Ya sabemos que al leer esto de "en prisión bajo el terror ruso", algún creyente místico de la nueva religión torcerá el gesto. La posición de los herejes puros, de los que somos herejes dentro de cualquier grupo, secta o conventillo, es casi incomprensible en estos tiempos de contrapuestas ortodoxias. Y en eso de Rusia cada uno acusa a su adversario de faltar a la verdad o de no haberse informado suficiente y desapasionadamente.

Un papel como el que Nadeau se propone, de ser un historiador de la actualidad —y esa es la labor del periodista— se hace hoy cada día más difícil. En la intensidad de las contrapuestas creencias el amor a la verdad se ha debilitado mucho. Y el dogmatismo acabará con él. El dogmatismo y la cobardía. Que acaso no son sino una sola y misma cosa. Porque el dogmatismo arranca de cobardía mental y de pereza de pensar.

Pues bien, hemos leído el libro de Nadeau, del periodista francés que no quiso en Rusia someterse a la "plataforma", es decir, a declarar ser un sincero correligionario de los bolcheviques. Y en ese libro hay el relato de una conversación que el autor sostuvo con Lenin en el Kremlin de Moscú el día 4 de febrero de 1919.

En esa conversación Lenin, el jefe del Estado soviético de Rusia se manifestó, como no podía menos, estatista. No es Lenin a pesar de su astucia —o más bien merced a ella— hombre que juega con las palabras. "¿El porvenir del mundo? —dijo—. No soy profeta. Pero lo seguro es que el Estado de los capitalistas y del libre cambio, como lo era antaño, por ejemplo, Inglaterra, ese Estado se muere. El Estado futuro lo monopolizará todo, lo comprará todo, lo venderá todo." Y más adelante le añadió a Nadeau: "Para remediar a las imperfecciones que críticos, por lo demás impotentes, atribuyen al Estado-patrón, habrá que crear, imaginar nuevos medios de intervención y de coerción. Pero en cuanto a intentar impedir que el Estado llegue a ser el patrón, no hay ni que pensar en ello."

Esto es muy claro y muy lógico, y muestra cuán lejos está Lenin de aquellos anarquistas que pasaban hace años por la extrema izquierda de la revolución social. Dictadura y anarquismo son dos conceptos que se excluyen.

Lenin le decía a Nadeau que no se tiene por profeta. Y, sin embargo, es lo que es. Lenin es como un profeta de Israel. Y lo que predica es una religión nueva. Materialista, si queréis —no creemos que lo es— pero religión. Atea, sin duda, pero religión. Y religión que acabaría en una especie de budismo. Religión asiática en todo caso y engendradora de un lamaismo como el de del Tibet.

Lenin niega ser profeta, pero Nadeau nos cuenta esto: "Por lo demás, profirió el reformador con una voz lenta cuyo acento había cambiado de repente, si vivimos todavía un poco... veremos cosas formidables, cosas junto a las cuales todo lo que hemos visto hasta [illegible] habrá sido más que juego de niños. Lo inevitable se cumplirá".

Lástima grande que Lenin no tenga, al parecer, la imaginación de un Jeremías, de un Ecequiel, del segundo Isaías, de su compatriota el grande, el grandísimo Dostoyeusqui —en cuyas obras está la clave de todo lo que pasa en Rusia— o siquiera la de un Mr. H. G. Wells, el cientifícista y profeta profesional! Nos daría alguna indicación respecto a las cosas formidables que aún nos quedan por ver. Y por nuestra parte las deseamos. Sentiríamos tener que irnos de este mundo, a donde sea, sin haber visto esas maravillas apocalípticas y milenarias junto a las cuales es juego de niños cuanto hemos presenciado. Sin enterarnos siempre bien de ello. Y menos aquí, en España.

Lo que parece va a defraudarnos es que así como el cristianismo para poder triunfar —si es que triunfó... que el deán Inge sostiene que aún no ha sido ensayado, y acaso tenga razón— tuvo que pactar con el paganismo y con la filosofía helénica gentílica, así el bolchevismo tendrá que pactar con la filosofía económica burguesa. Y no veremos el fin del mundo como no le vieron aquellos entusiastas de que nos hablan los seis últimos versillos del capítulo IV de los "Hechos de los Apóstoles". Tendrá, pues, cada cual de nosotros que resignarse a ver el fin de su mundo, o a no verlo más bien, y no el de los demás.

¿Y aquí, en España? Aquí, en España, no tenemos profetas, sino exégetas. Y a lo sumo agoreros. Y lo peor es que ni una gota de rocío de humor viene a templarnos la sequedad del páramo dogmático.

MIGUEL DE UNAMUNO

VNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES